

## **Habemus Papam. Dossier**

Este *Dossier* consta de los siguientes 6 textos:

- 1) José Ignacio González Faus: “Carta a los medios de comunicación sobre el nuevo Papa”
- 2) Oscar Campana: “Francisco, Primero Bergoglio”
- 3) Leonardo Boff: “El Papa Francisco llamado a restaurar la Iglesia”
- 4) Rossana Reguillo Cruz: “El símbolo es argentino”
- 5) Julio C. Gambina: “Nuevo Papa, economía y pobreza”
- 6) Michael Lowy: “Bergoglio, la pobreza, los derechos humanos y la teología de la liberación. Entrevista.”
- 7) Piergiorgio Odifreddi: Papa Lavoisier I



### **1) José Ignacio González Faus: “Carta a los medios de comunicación sobre el nuevo Papa”**

Tengo mis quejas contra los medios de comunicación: me han traicionado algunas veces, creo que también ellos son servidores del Capital y que, por tanto, el buen titular o la defensa de la propia ideología pasarán por delante de la verdad; lo que engresca les gustará más que lo que construye; y muchas veces compiten indignamente porque parece que más importante que comunicar una verdad es ser el primero en hacerlo, o darla en exclusiva.

PERO: creo que los medios tienen sus derechos que debo respetar, conozco mucha gente honrada y encantadora que trabaja en ellos y que son también conscientes de lo que digo. Y además, aunque no pretendo compararme con Casillas, suelo decirme que al que no le marcan goles o no se lesiona, es señal de que no juega. Y el juego de construir la historia (el "poema de Dios" que dice la carta a los efesios) es uno de los más dignos, más apasionantes y más cristianos.

Dicho esto pido perdón porque estos días he procurado rehuir el aluvión mediático. Simplemente necesitaba tiempo para interiorizar, situarme y aclararme yo mismo. Ahora, si alguien quiere saber algo de mi opinión, lo encontrará en estas páginas que van dirigidas a todos sin exclusivas ni derechos de propiedad privada. Y aquel a quien no le interese (que sería lo más lógico) ya puede pasar a otra cosa.

Cuenta uno de los primeros biógrafos de Ignacio de Loyola que cuando, en una sobremesa, se enteró del nombramiento como papa de Pablo IV, se le demudó la cara y se puso pálido (Ignacio y Caraffa habían tenido antes más de dos pequeños encontronazos; y Pablo IV hizo muy difícil la vida a la naciente Compañía de Jesús). Discretamente Ignacio salió de la sala; y al cabo de un cuarto de hora regresó sonriente y con el rostro pacificado. Se supone que había ido a rezar.

Cuento la anécdota tanto para los que ayer se quedaron pálidos como para los que irradiaban alegría: que los hay de las dos clases por lo que ahora diré. Y aprovecho para decir a ambos grupos que ni hay que desengañarse del Espíritu Santo ni hay que buscar en él unas seguridades que son mucho más supersticiosas que creyentes. Dios sólo interviene en la historia respetando nuestra libertad y contando con nuestra respuesta libre. Y esa respuesta sabemos de sobra por dónde ha de ir: por el respeto mutuo dialogante, por el amor fraterno y por negar la primacía al propio interés. Sin el empeño en ir por ahí, no habrá Espíritu que sople (o soplará un espíritu no precisamente santo).

Casi no conozco personalmente a Bergoglio. He oído infinidad de cosas sobre él, positivas y negativas. He esperado a ver qué saben los medios de él, y he visto que prácticamente todo lo que yo pudiera decir ya es conocido. Lo cual me confirma que es muy sabia la frase de Jesús que tanto molesta a muchos eclesiásticos: lo que oís en los oídos predicadlo sobre los tejados" porque, a la larga, "no hay nada tan encubierto que no acabe conociéndose" (Mt, 10,27.26).

Por eso resumiré, un poco simplificada, diciendo que los temores vienen de su época de jesuita y las esperanzas de su época de arzobispo. Sus relaciones con el antiguo general Kolvenbach fueron muy tirantes, dividió la provincia argentina en dos bandos aún no del todo reconciliados: dicen que es un hombre con una increíble capacidad de seducción, pero con una pasión de poder que le vuelve terriblemente duro con los que no van por su línea. El jesuita húngaro-argentino Franz Jalic ha escrito cosas que, precisamente por el enorme respeto con que están escritas sin citar nunca su nombre (habla sólo de "una persona") y por el inmenso sufrimiento que comportaron, no pueden ser pasadas por alto. También porque, según me contaron, la única vez que volvieron a verse los dos después de todo aquello, muchos años después y en Alemania, se fundieron en un largo abrazo donde no faltaron lágrimas.

Yo no puedo garantizar como testigo ocular la verdad de todas esas críticas y otras parecidas; pero creo que si el papa Francisco toma en serio lo que tan bien dijo ayer: "antes de bendeciros os pido que me bendigáis vosotros a mí", aceptará también que "antes de hablaros yo quiero escucharos a vosotros": porque saber lo que se piensa de uno, puede ser un dato muy útil a la hora de actuar, en vez de pensar que la verdad sobre mí es sólo aquello que yo pienso de mí.

Y así pasamos a lo positivo: han corrido por ahí todos esos datos del arzobispo que viajaba siempre en metro o en autobús, que cuando tenía un cura enfermo iba él a visitarle, le preparaba a veces la comida o le suplía en trabajos parroquiales, que tronó contra la injusticia y la miseria del mundo. Y es cierta la anécdota de que, la misma noche en que fue nombrado arzobispo de Buenos Aires, sonó el teléfono (supongo que de alguien que quería felicitarle) y al descolgar dijo más o menos: "perdone que ahora me estoy haciendo la cena, si fuera tan amable de llamar media hora más tarde".

Y las positividades continúan en su presentación de ayer: ya he evocado lo de "antes de bendeciros habéis de bendecirme vosotros a mí" que, lógicamente, debe ser extendido más allá de la plegaria. Pequeño detalle, pero indicio de sensibilidad, fue el dirigirse al pueblo como hermanos "y hermanas", cuando la congregación de liturgia todavía pretende que digamos que Jesús entregó su vida sólo por todos "los hombres", sin enterarse de cómo ha cambiado el significado de esta palabra. Significativo teológicamente el designarse por dos veces sólo como "obispo de Roma". Y añadamos el potencial simbólico del nombre: porque Francesco no fue sólo el que, en los albores del capitalismo naciente, se quitó la ropa ante su padre negociante y el arzobispo, para "seguir desnudo al Jesús desnudo". Fue también el que, en la era en que la Iglesia hacía cruzadas "contra los moros", se embarcó alocadamente como pudo para ir a dialogar con el sultán.

Y fue finalmente el que, ante la visión de una ermita casi en ruinas, siente la llamada de Dios que le dice "repara mi Iglesia que se cae". Si el nombre de Francisco incluye las tres cosas, no puede estar mejor elegido.

Vamos pues a tener una paciencia esperanzada: dejando para otros momentos nuestra necesidad de aplaudir y aclamar (porque las multitudes, ya se sabe, son idólatras por naturaleza y así se falsifica la comunidad), y dejando para otros momentos nuestras desesperanzas. Vamos también a ver si, aprovechando estos episodios, los católicos abandonamos la papolatría (o el papa-natismo): Jesús escogió a un Pedro, intuitivo y con innegable madera de líder según parece, pero cargado de defectos que los evangelios nunca ocultaron. Y le mantuvo aunque Jesús tenía más derecho que nosotros a decepcionarse. Porque si la Iglesia necesita (como yo creo) un ministerio de unidad, es precisamente porque todos somos solidariamente responsables de ella y en ella. De lo contrario, si no hubiera más que un responsable, no haría falta ningún ministerio de unidad.

No sé decir más, y perdonen aquellos a quienes he dado carpetazo. Uno también necesita su tiempo.

**José Ignacio González Faus**, veterano luchador por la democracia, es el más importante y reconocido teólogo católico español vivo.

Fuente: [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info), 15 marzo 2013



## 2) Oscar Campana: “Francisco, Primero Bergoglio”

Supongamos a un cristiano neocelandés, por ubicarlo en algún lugar remoto. No sabe quién es Bergoglio. Supo de Argentina por los desaparecidos, las Malvinas y Maradona. Tiene que construir la imagen del nuevo papa interpretando lo que ve en su primera aparición pública.

El nombre del nuevo papa es Francisco. Por el “pobrecito de Asís”, supone. Aquel que mostró un camino radicalmente distinto al del poder romano en la edad media. Aquél a quien Jesús le pidió “repara mi Iglesia”.

Ve salir al balcón a un hombre con cara de sencillo, sin cruces papales ni estolas apostólicas. Comienza haciendo algo tan humano como decir “buenas noches” en lugar de “alabado sea Jesucristo”. No dice “hermanos”. Dice “hermanos y hermanas”.

Luego hace referencia a que fue elegido “obispo de Roma”, no “papa”. Cita, sin decirlo, a Ignacio de Antioquía, un padre apostólico de principios del siglo II. Y lo cita con propiedad. Quien “preside a las iglesias en la caridad” no es el obispo de Roma (luego, el papa), sino “la iglesia de Roma”. Todo un símbolo de una eclesiología de la colegialidad episcopal, opuesta a una eclesiología de la monarquía papal.

Insiste con Roma. Recuerda que el objetivo del cónclave es darle un obispo a Roma. Parece sorprendido porque lo hayan ido a buscar tan lejos. Agradece la acogida a la comunidad de Roma. Habla del inicio de un camino, "pueblo y obispo", con la diócesis de Roma. Se presenta junto al vicario para la diócesis de Roma (el que la gobierna en nombre del papa), quien lo ayudará en la evangelización de la ciudad de Roma. Anuncia que al otro día irá a pedirle a la Virgen para que cuide de Roma.

Antepone la plegaria bendicional del pueblo al obispo, a la bendición del obispo al pueblo. Acompaña el pedido con un gesto: se inclina ante el pueblo.

El neocelandés, lector asiduo de la mejor teología conciliar y progresista, no da crédito a lo que ve y escucha. Cuando nada esperaba de este cónclave, aparece un papa que rodea su epifanía con gestos y palabras impredecibles. Literalmente, increíbles.

Pero no soy neocelandés. Soy argentino. Porteño. Como Bergoglio y su diócesis. Oí hablar de él desde hace mucho.

Cuando hace veintiún años fue elegido obispo, un hermano de su congregación, que lo había padecido como formador, nos dijo: "hasta papa no para". Lo entendimos como una mirada sesgada por la dolorosa cercanía que a veces generan los vínculos comunitarios. Pero cuando años después fue elegido obispo coadjutor con derecho a sucesión de Buenos Aires, lo que le aseguraba el arzobispado y el cardenalato, pensé que aquel jesuita ya fallecido, Juan Luis Moyano, no estaba tan lejos de la verdad... ¿Qué decir hoy?

Luego vino toda la historia del papel de Bergoglio en el secuestro y desaparición de Orlando Yorio, atestiguada tanto por él como también por José "Pichi" Messegeier. Sobre esto ya hay libros escritos. Y documentos que sostienen las versiones. Nadie duda que la más leve de las interpretaciones posibles, sea más que pesada...

La coexistencia de su simpatía y apoyo con los curas villeros y la pastoral popular convivían con su simpatía, apoyo y consuelo de cuanto dirigente político, social o empresarial (casi siempre de derecha) se opusiera al gobierno de los Kirchner, quien consideraba a Bergoglio el líder la oposición. A través de la "vicaría de la educación" no tuvo reparos en protagonizar una escalada del poder de la educación privada, beneficiada cada vez con mayor presupuesto por parte del gobierno de Mauricio Macri, aún a costa de la educación estatal, la de los pobres.

Y mientras cada 7 de Agosto acudía al santuario de San Cayetano para hablar de los pobres y excluidos, podía ser, a la vez, el presentador del "Proyecto social para el desarrollo", un programa político apadrinado por Roberto Dromi, intendente de Mendoza en la dictadura militar y arquitecto legal de la entrega del país en la década menemista, dos caras de un mismo proceso político-económico que generaron un país lleno de aquellos mismos pobres y excluidos; programa político que recorría todos los lugares comunes de la derecha vernácula: autarquía del banco central, fin de las retenciones, unificación de seguridad y defensa en un solo ministerio...

Su austeridad personal, indiscutible, siempre ha convivido con una decidida y sostenida búsqueda del poder, primero en su congregación, luego en la Iglesia argentina y universal. Bergoglio es un estratega y un político, como hace mucho no había en nuestra Iglesia. Pero parece que ahora todas las virtudes se reducen a una sola, olvidando que los pecados capitales son siete...

No obstante los antecedentes, no habría que descartar que una figura tan lejana al ceremonial y al protocolo, y consciente de la necesidad de ponerle fin a los escándalos (financieros, sexuales, políticos) continuados desde hace tiempo en la Iglesia universal y en Roma, sea capaz de imponer un cambio de rumbo en muchos temas sensibles.

Pero esto, más que hablar bien de Bergoglio habla mal, bastante mal, del camino que la Iglesia tomó en las últimas décadas. Cuando luego del cónclave de 2005 circuló la versión de que Bergoglio fue el destinatario del voto "reformista" (quizás por derivación del voto a Martini), no pocos dijimos que si él expresaba el reformismo era porque la Iglesia se había precipitado hondamente en el conservadurismo.

¿Será Bergoglio la expresión del “reformismo posible”? Para responder a esta pregunta, habrá que esperar la paulatina toma de decisiones. En Argentina nos daremos cuenta pronto, cuando comiencen a completarse las designaciones episcopales pendientes, sobre todo la de Buenos Aires. Pero habrá ocasión, sin lugar a dudas, para importantes decisiones vinculadas a la curia romana, el hueso duro de roer desde hace siglos, un poder enquistado que fagocita y destroza todos los intentos de reforma y renovación. Una curia romana con la que Bergoglio no se ha llevado bien.

¿Pateará Bergoglio el tablero convocando a un nuevo concilio universal, tratando de buscar el camino para definitivamente acabar con el poder de la curia y haciéndose cargo, a la vez, del legado del cardenal Martini? No habría que descartarlo, aunque nunca se animó a convocar un sínodo en la arquidiócesis de Buenos Aires... Porque un Concilio es, en el corto plazo, algo inmanejable.

Ojalá se anime a pegar el salto a lo desconocido. Así, quizás, podamos olvidarnos de algunas páginas preocupantes de su biografía.

Alguna vez estuve/estuvimos en el lugar del neocelandés. Fue en octubre de 1978, cuando eligieron a Karol Wojtila como Juan Pablo II. Un perfecto desconocido, de origen humilde, que venía de uno de los países más castigados en la historia del siglo XX. Todos nos alegramos con su frescura, su sencillez, su carisma. Y después pasó lo que pasó: el papado de la restauración y de la sepultura del intento reformador del Concilio Vaticano II.

Me gustaría ser neocelandés. Lo juro. Aunque más no sea, para alegrarme por un rato.

**Oscar Campana.** Laico. Bachiller en teología. Director responsable Vida Pastoral. Profesor en el Centro de Estudios Salesiano de Buenos Aires y en el Instituto Teológico Franciscano. Secretario de redacción de la revista Proyecto.

Fuente: <http://www.nuevatierra.org.ar/2013/03/francisco-primer-bergoglio/>, 14 marzo, 2013



### 3) Leonardo Boff: “El Papa Francisco llamado a restaurar la Iglesia”

En las redes sociales había anunciado que el futuro Papa se llamaría Francisco. Y no me equivoqué. ¿Por qué Francisco? Porque San Francisco comenzó su conversión al oír al Crucifijo de la capilla de San Damián decirle: "Francisco, ve y restaura mi casa, mira que está en ruinas" (San Buenaventura, Leyenda Mayor II, 1).

Francisco tomó al pie de la letra estas palabras y reconstruyó la iglesita de la Porciúncula, en Asís, que aún existe en el interior de una inmensa catedral. Después se dio cuenta de que era algo espiritual restaurar la «Iglesia que Cristo rescató con su sangre» (ibid.). Fue entonces cuando comenzó su movimiento de renovación de la Iglesia, presidida por el Papa más poderoso de la historia, Inocencio III. Comenzó a vivir con los leprosos y del brazo de uno de ellos iba por los caminos predicando el evangelio en lengua popular y no en latín.

Es bueno saber que Francisco nunca fue sacerdote sino laico solamente. Sólo al final de su vida, cuando los Papas prohibieron a los laicos predicar, aceptó ser diácono a condición de no recibir ningún tipo de remuneración por el cargo.

¿Por qué el cardenal Jorge Mario Bergoglio ha elegido el nombre de Francisco? Creo que ha sido porque se dio cuenta de que la Iglesia está en ruinas por la desmoralización debida a los diversos escándalos que han afectado a lo más precioso que ella tenía: la moral y la credibilidad.

Francisco no es un nombre, es un proyecto de la Iglesia, pobre, sencilla, evangélica y desprovista de todo poder. Es una Iglesia que anda por los caminos junto con los últimos, que crea las primeras comunidades de hermanos que rezan el breviario bajo los árboles con los pajaritos. Es una Iglesia ecológica que llama a todos los seres con las dulces palabras de «hermanos y hermanas». Francisco fue obediente a la Iglesia y a los papas y al mismo tiempo siguió su propio camino con el evangelio de la pobreza en la mano. Entonces escribió el teólogo Joseph Ratzinger: «El no de Francisco a ese tipo imperial de Iglesia no podía ser más radical, es lo que podríamos llamar una protesta profética» (en *Zeit Jesu*, Herder 1970, 269). Francisco no habla, simplemente inaugura lo nuevo.

Creo que el Papa Francisco tiene en mente una iglesia fuera de los palacios y de los símbolos del poder. Lo mostró al aparecer en público. Normalmente los Papas y Ratzinger principalmente ponían sobre los hombros la muceta, esa capita corta bordada en oro que sólo los emperadores podían usar. El Papa Francisco llegó sólo vestido de blanco. En su discurso inaugural se destacan tres puntos, de gran significado simbólico.

El primero: dijo que quiere «presidir en la caridad», algo que se pedía desde la Reforma y los mejores teólogos del ecumenismo. El Papa no debe presidir como un monarca absoluto, revestido de poder sagrado, como prevé la ley canónica. Según Jesús, debe presidir en el amor y fortalecer la fe de los hermanos y hermanas.

El segundo: dio centralidad al Pueblo de Dios, como destaca el Concilio Vaticano II, pero dejado de lado por los dos papas anteriores en favor de la jerarquía. El Papa Francisco pide humildemente al pueblo de Dios que rece por él y lo bendiga. Sólo después él bendecirá al pueblo de Dios. Esto significa que él está allí para servir y no para ser servido. Pide que le ayuden a construir un camino juntos y clama por fraternidad para toda la humanidad, donde los seres humanos no se reconocen como hermanos y hermanas sino atados a las fuerzas de la economía.

Por último, evitó todo espectáculo de la figura del Papa. No extendió ambos brazos para saludar a la gente. Se quedó inmóvil, serio y sobrio, yo diría, casi asustado. Solamente se veía una figura blanca que saludaba con cariño a la gente. Pero irradiaba paz y confianza. Mostró humor hablando sin la retórica oficialista, como un pastor habla a sus fieles.

Vale la pena mencionar que es un Papa que viene de Gran Sur, donde están los más pobres de la humanidad y donde vive el 60% de los católicos. Con su experiencia como pastor, con una nueva visión de las cosas, desde abajo, podrá reformar la Curia, descentralizar la administración y dar un rostro nuevo y creíble a la Iglesia.

**Leonardo Boff**, teólogo y filósofo, es uno de los más reconocidos representantes del movimiento de la Teología de la Liberación latinoamericana.

Fuente: <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=551>, 15 marzo 2013



#### 4) Rossana Reguillo Cruz: “El símbolo es argentino”

Jorge Mario Bergoglio es la opción de una Iglesia Católica que se percibe amenazada. Al elegir al argentino como nuevo papa, el Vaticano envió un mensaje duro, difícil de tragar, pero aderezado de “diferencia”: férreo opositor al matrimonio gay, denunciado por supuestos vínculos con la última dictadura; aunque latinoamericano y jesuita. La antropóloga mexicana Rossana Reguillo estuvo en Roma hace pocas semanas, escuchó a Ratzinger, a los cardenales, percibió las tensiones internas. De regreso a México, se encontró con la renuncia de Benedicto XVI y la elección de Francisco. Más anfibia que nunca, Reguillo analiza a la institución que eligió a un líder complejo, que no está ni a la izquierda del Vaticano ni a la derecha de quienes lo aclaman.

—Qué hace aquí —le dice un policía al borracho que obsesivamente camina y busca alrededor de un farol.

—Pues, mire oficial —contesta el borracho con lengua pastosa—perdí las llaves de mi casa y las estoy buscando aquí.

—¿Las perdió por aquí? —pregunta ya más relajado el policía.

—No. Para serle franco las perdí por allá, como a dos calles, pero allá está oscuro y no veo.

Utilicé este chiste para ilustrar o iluminar lo que juzgo como, una extrema dificultad de la Iglesia, para ubicar dónde perdieron las llaves. ¿El argentino Jorge Bergoglio será capaz de buscar allá, en lo oscuro? O reproducirá el ritual de confortarse frente a las respuestas que se producen en esa zona de comodidad que implica asumir e interpretar el acontecer a la luz del discurso de los ya conversos, de lo ya conquistado. La paradoja es que no hay institución en el mundo que cuente con mejores recursos para el diagnóstico (lo pude ver en el Vaticano). No hay institución con mayor presencia e influencia global. No hay institución que se perciba a sí misma tan amenazada por fuerzas reales e inventadas y, al final, termine por decantarse por un Papa incómodo que pese a sus contradicciones jesuíticas, habita un personaje que remueve los cimientos de las memorias latinoamericanas.

La disciplina, por lo que logré aprehender, debe haber sido feroz. El riesgo del cisma europeo marcó, creo, la decisión. Más allá de Francisco (que no suena a santo sino a emperador), el panorama se abre a una gran interrogante: ¿quiso la Iglesia cambiar? ¿Responder a los graves problemas que atraviesa la sociedad contemporánea? O, pese a toda evidencia, Bergoglio es una respuesta titubeante, incierta, incómoda, a los necesarios ajustes de cuentas que el Siglo XX hereda a nuestros tiempos. Ni derecha ni izquierda, los mensajes que se acumulan apuntan en la dirección de una iglesia que se atrinchera abajo del farol del borracho que ha extraviado sus llaves. El territorio oscuro es demasiado amenazante.

No soy experta en el tema religioso, no ha sido mi campo. Escribo esto más bien desde una antropología de lo contemporáneo, interesada en el análisis de los fenómenos y los procesos que sacuden el paisaje de la contemporaneidad. Haber estado en el Vaticano hace un mes, absorta ante la pompa de cardenales y guardias suizos, me produce más escozor hoy, cuando sé que eligieron a un argentino, jesuita, señalado por el periodismo de ese país como

colaborador de la sangrienta dictadura de Videla. Me sorprende al buscar información y detectar que han bajado los sitios, que alguien está haciendo caer de la web su pasado.

Pero eso es ahora. En aquel momento, cuando vi entrar al ex papa, a Ratzinger, a la sala de audiencias privadas, era imposible pensar esto. De Ratzinger me sorprendió lo disminuido de su cuerpo, como si sostuviera en sus frágiles hombros un peso invisible. Cuando se dirigió a los miembros e invitados del Consejo Pontificio de la Cultura, su voz se asemejaba más a un murmullo que al sonido de trueno de la palabra papal. La imagen que yo había construido de Ratzinger, a partir de las noticias y de sus intervenciones públicas, tenía muy poco que ver con aquel anciano de pelo blanco, sonrisa tímida y toscos zapatos rojos, que esa mañana del 7 de febrero de 2013 atendió a su dicasterio de cultura, en su casa, a un costado de la Basílica de San Pedro.

Esa mañana frente al Cardenal Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, el italiano Jeanfranco Ravasi, 22 cardenales, 11 obispos, varios sacerdotes y algunos invitados, entre ellos, yo, Benedicto XVI habló sobre sus preocupaciones en torno a los jóvenes en el mundo. Las dificultades para encontrar trabajo, la soledad, un conjunto de procesos económicos, sociales y espirituales que provocarían la pérdida de la esperanza y frenarían su energía y vitalidad, su capacidad de anticipar el futuro. Esa mañana un Pontífice cansado, de semblante triste, compartió sus reflexiones con ese pequeño grupo, que después de esta audiencia comenzaría los trabajos de la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura 2013, en sus instalaciones de la Vía de la Conciliación, con mi conferencia “Los jóvenes en la encrucijada contemporánea”.

Me informaron que pasaría a saludar al Papa y pregunté, frente al estricto protocolo, si podría entregarle una copia de mi libro. Sí, me dijeron. Me vestí de riguroso negro: había consultado el protocolo para estar frente al Papa y aprendí que el blanco nos está vedado a las mujeres y no era cosa de violentar el espacio, sino de la oportunidad para colocar un discurso crítico. De nada valió: poco antes de mi turno para el saludo personal, se me vino encima el ritual, la historia, el protocolo, el escenario, la magnificencia de un espacio en que el poder se percibe y se respira. Me acerqué, lo saludé, le di mi libro y le dije: “nunca como hoy ha sido tan fundamental el papel de la Iglesia Católica en favor de los jóvenes marginales y desposeídos del mundo”. Ratzinger sonrió. Fue todo.

Tres días después Benedicto XVI anunciaba al mundo su decisión de renunciar a su ejercicio como Papa. Sorpresa. Ese día me preparaba para viajar a París y la actividad en mi muro de Facebook y mi Twitter adquirieron dimensiones virales: “doctora, ¿pues qué le dijo a Benedicto?”

A mediados de 2012, recibí una invitación del Vaticano (que aún hoy me sorprende y mantiene con preguntas que no logro resolver) para participar en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura (CPC), como experta en el tema de jóvenes. La carta invitación decía: “La conferencia será el punto de partida del debate y de las aportaciones de todos los que forman el Dicasterio, por lo que le solicitamos que la conferencia incluya algunos cuestionamientos o planteamientos que favorezcan la discusión”. Acepté después de muchas dudas: mi posición escéptica y crítica frente a la iglesia institucional cedió frente a lo que valoré como una oportunidad única (irrepetible) para plantear lo que considero son los temas de fondo y los graves problemas que enfrentan hoy millones de jóvenes en el mundo. Tenía la posibilidad de hablar en el epicentro de uno de los poderes que define el rumbo de la historia. El reto no era menor y me preparé lo mejor que pude. Todo fue insuficiente. Mirar ese poder de frente es una experiencia límite.

Del 5 al 11 de febrero de este año estuve en Roma, hablando, escuchando, discutiendo con cardenales de distintas partes del mundo, sobre los jóvenes, su situación, sus dolores, sus sueños, esperanzas, miedos y la enorme dificultad para millones de encontrar condiciones dignas de acceso. En esta intensa convivencia (que incluía el hospedaje en una casa sacerdotal, cercana a San Pedro), pude ejercitar –precariamente– el músculo etnográfico. No es este el espacio para hacer la crónica de mis observaciones; sin embargo, es esta mirada “desde dentro”, la que orienta mis reflexiones anfibia sobre lo que significan hoy, la renuncia de un Papa y la elección de Jorge Mario Bergoglio, argentino, jesuita, al frente de una iglesia en crisis.



## Poder en escenas

Al igual que otras instituciones, la Iglesia Católica no es monolítica y hay iglesias dentro de la Iglesia; sin embargo, pese a la importancia de los matices y el necesario reconocimiento de las diferencias y conflictos al interior de la llamada Iglesia Universal y, especialmente al analizar la atmósfera y los rituales vaticanos, es posible inferir el peso que tiene en la idea de la continuidad o supervivencia institucional, la escenificación del poder como un elemento articulador: las sillas, las ropas, los anillos, los sellos, la misa, los cantos, los silencios, el lenguaje, los escenarios, las escalas que más allá de lo majestuoso, sirven para construir o fortalecer el imaginario de algo más allá de lo humano que nos rodea. Dramatización extrema del poder que, de la misa a la mesa de discusión, atraviesa las prácticas y las interacciones.

Cuando observo el protocolo para entrar a la casa del Papa y miro los rostros jóvenes de los guardias que efectivamente son suizos y el modo en que saludan a los sacerdotes, como si se tratara de jefes militares, mi cuerpo se prepara involuntariamente, se minimiza, se encoge frente a ese despliegue de lenguajes cifrados que son, no obstante, eficaces. Los cardenales están reunidos en una sala de espera, conversando, casuales y relajados, pero atendiendo agendas que no es posible imaginar. Viajo de cuatro en cuatro en un pequeño elevador custodiado por un sacerdote. En una de las puertas de ese edificio laberíntico que es el Vaticano, me sorprende a mí misma mirando como si fuera otra a un sacerdote de riguroso negro que habla por celular en un idioma indescifrable. Parece ser italiano con acento polaco o al revés y no sé por qué recuerdo al padre Lankester Merrin, el exorcista, interpretado por el genial Max Von Sydow. Un escalofrío me recorre la espalda. Poco importa si no soy creyente: ahí todo confabula para atenuar el raciocinio y exacerbar las emociones. Poder total.

Toda forma de socialidad, de relación, de cualquier mínima interacción -lo percibí desde el momento de mi llegada al aeropuerto-, están regidas por la jerarquía. Pregunto algunas cosas y aprendo que no es lo mismo estar situado a la izquierda o a la derecha del Papa o de un cardenal; a la izquierda va el de mayor jerarquía, me dicen. Es algo que tiene que ver con Pedro y con Pablo, los apóstoles, la roca y la visión. Pero más allá de mi precaria interpretación del símbolo, entendí que lo de fondo es un sistema que opera estructural y simbólicamente como una maquinaria de producción de poder y diferencias. Por ejemplo, hay algo en el modo en que los personajes de rango menor se dirigen a los cardenales, que hacen pensar en la infantilización de los sujetos. ¿Toda jerarquía debe infantilizar a su otro para poder perpetuarse? Esta pregunta no me ha abandonado desde mi viaje de regreso a la normalidad laica. No tengo respuestas, solo construyo hipótesis interpretativas que hoy adquieren una nueva significación a la luz de la elección del nuevo Papa.

Lo que se abre paso, tras esta intensa experiencia, es que la puesta en escena de este poder que marca, delimita, establece y fija posiciones y construye verdades como rocas, quizás explique en alguna medida, no lo sé, el por qué de la arrogancia e intolerancia de muchos hombres en el poder eclesiástico. O quizás, constituye una pieza básica, mínima, imperceptible en el rompecabezas que nos plantea la decisión de llevar a Bergoglio a la silla papal, después de la crisis que implicó la decisión de Ratzinger. ¿Quién o quiénes son el otro de la Iglesia? ¿Por qué América Latina? ¿Por qué un jesuita? ¿Por qué? ¿Qué anuncia esta elección? ¿El endurecimiento de las posiciones de la Iglesia frente al cambio social? ¿La opción pragmática para evitar el cisma europeo: si no es italiano no es papable? Lo que a estas alturas queda medianamente claro es que en la renuncia de Benedicto se esconden claves fundamentales para entender la crisis contemporánea de la Iglesia y que en el decantamiento del Cónclave hay un mensaje que debemos descifrar. No es que Dios sea argentino, como han jugado muchos y muchas en las redes, es que Bergoglio constituye una postura que los poderes eclesiásticos consideraron -pese a los riesgos- clave para enfrentar los problemas de la Iglesia. Mirando a Ratzinger de frente entendí que no era una persona, sino un símbolo, no era un teólogo competente, un académico, un investigador, sino el emblema humano de un mensaje. ¿Qué mensaje se encarna en el cuerpo de Bergoglio?

## Clausura y expulsión de lo femenino

Entre mis muchas obsesiones a lo largo de mi breve pero intensa experiencia vaticana, la dimensión y pregunta por lo femenino jugó un papel fundamental. No fue solo mi experiencia de minoría absoluta sino algo mucho más complejo, que luego adquirió significado cuando

hablé por primera vez del viaje al Vaticano en un seminario en la universidad. Una colega me dijo: “no es que lo femenino esté expulsado, sino que las mujeres juegan un rol subordinado y funcional a este orden estrictamente masculino” (entrecornillo de memoria, quizás falto a la literalidad del comentario). Pero cuando escuché a esta colega, pude balbucear, precariamente, una idea. Las mujeres existen en el Vaticano. Pero el orden que rige ha extirpado lo femenino: un orden falocéntrico organiza la socialidad, los rituales, la vida cotidiana. Lo femenino es clausurado. El mundo a disputar es un mundo masculino, que elimina –sin conflicto- toda diferencia de género. Las pocas mujeres que participaron en la Asamblea del CPC hablaron poco. Y más allá de esto (que no es un asunto de representación), auto asumían una posición de escucha, lo que no se traduce necesariamente en subordinación pero marcaba su condición de exterioridad. Es decir, las mujeres en, alrededor, con, para, por la vida eclesial están fuera, contenidas, ausentes no sólo de los mandos, sino de la posibilidad de tocar la configuración y el horizonte de una iglesia que debe enfrentar los retos del Siglo XXI.

Quizás, no lo sé, son preguntas que elaboro y en las que me empeño. Esta expulsión de lo femenino, este mundo obcecadamente masculino, falocéntrico, ayuda a comprender las dificultades de la jerarquía vaticana para enfrentar los temas de pederastia. Sin ser parte de esa enorme comunidad que deposita sus esperanzas en el habitante del Vaticano, pensé que tal vez el Cardenal Christoph Schönborn, a quien tuve la oportunidad de conocer y escuchar, hubiera podido ser el nuevo Papa. No sólo se abrió al espinoso tema de la pederastia sino que con sus acciones mostró que otra iglesia era posible. He dicho en varios foros que si alguien me preguntara diría que su rostro es sinónimo de bondad y su palabra, sinónimo de inteligencia. No fue posible: el humo blanco marcó y signó el destino inmediato de la Iglesia. Más allá de sus obsesiones con los temas del matrimonio gay, su sospechoso pasado colaboracionista con la dictadura argentina, sus salidas tan jesuitas como complejas en torno al trabajo esclavo y, su combate –interesante- frente al crimen organizado y drogas en Buenos Aires, me pregunto si Francisco está en condiciones de asumir la pregunta, no por las mujeres -un tema casi fácil- sino por lo femenino expulsado de la Iglesia jerárquica. Preguntas fundamentales para una contemporaneidad sacudida por las crisis recurrentes, el miedo al futuro y las cuentas pendientes del modelo de desarrollo que a efectos prácticos ha sido avalado por la Iglesia.

### **Dónde están las llaves**

No fue nada cómodo entregar un discurso crítico pero respetuoso en la Asamblea del CPC; pensé mucho lo que tenía que decir. Detecté que hubo tres cosas incómodas para los cardenales: la crítica a lo que llamé la “zona de confort” de la Iglesia, que aludía a lo ya intuido y a lo experimentado en mi visita. La “costumbre” o la comodidad del relato a mano que mira solo en la dirección de lo ya conquistado: bandas musicales que habían hecho un giro del “bad punk” a la “very important and nice christian music”; el voluntariado juvenil que no por generoso, plantea la pregunta por los muchos, millones de otros jóvenes que están en otras cosas y en franca oposición a la iglesia. No pude dejar de sorprenderme, pese a lo bien elaborado del diagnóstico, que hubiera convocado –para escuchar- a los ya convencidos.

Hubo silencio y luego murmullos incómodos cuando me referí a los mercados de la esperanza. Preocupados al extremo, pese a sus extraordinarios diagnósticos, por la “pérdida de la fe”, los valores, fue complejo el momento en el que dije que uno de los rostros más visibles de la crisis actual es el de la sobre oferta de esperanzas, accesibles y aprehensibles para miles de jóvenes que han hecho un pacto con el presente posible frente a un futuro inasible. No les gustó el relato de la Santa Muerte y su culto creciente. Les incomodó la idea de que la respuesta, en el sentido de una acción necesaria por parte de la Iglesia, no pasaba por la evangelización y la fe, sino por una respuesta política. Es Bergoglio, Francisco, la respuesta política que la sociedad del siglo XXI espera de esa institución.

Bergoglio arriba a la cima de un poder que se mantiene y se explica por el aceitamiento cotidiano de la jerarquía, por su capacidad de perpetuar un orden masculino, por su poder de invisibilizar todo aquello que atenta contra un orden supremo, natural, incuestionable. El mundo se mueve. Su ser jesuita es más que una interrogante, una respuesta. Con Ratzinger finaliza una época. Bergoglio está obligado a responder a varios desafíos y a sanar una herida. Sus desafíos como nuevo Pontífice pasan por recuperar un liderazgo perdido en la sociedad. Será

una tarea difícil, si se consideran sus opiniones cardenalicias frente a la homosexualidad y el matrimonio gay; o su ambigua –por decir lo menos- relación con la última dictadura argentina; o su tensa relación con los poderes políticos actuales de la Argentina; o los previsibles enfrentamientos a su pasado actual y antiguo que marcan su perfil, pese a un ejercicio pastoral que ha intentado lidiar con los problemas contemporáneos.

Bergoglio, creo, no es más un jesuita argentino signado por la complejidad, sino el eje, el epicentro de una Iglesia en crisis, desafiada por el pasado, el presente y, especialmente, por un futuro que más que incierto, es demandante. Satán es una respuesta pobre a lo que la sociedad contemporánea exige. Ni a la izquierda de la iglesia, ni a la derecha de la sociedad. El asunto es complejo y la escala de los aliados y los enemigos cambia.

Sin ser experta en estos temas, creo que el mensaje que logramos descifrar es que la Iglesia en crisis opta por un mensaje duro, difícil de tragar, pero aderezado de “diferencia”: el nuevo Papa, el líder, es jesuita, es argentino, latinoamericano, es la representación de lo otro europeo, lo demás parece no importar, por ahora.

*Postdata.*- Hoy, al final de una larga jornada de trabajo, regreso a mi casa y encuentro en el correo (casi destruido por mis dos maravillosas perras), un sobre que me llega del Consejo Pontificio de la Cultura, con la evidencia fotográfica de mi encuentro con Benedicto XVI. La evidencia me persigue. Pensar antes y después del Vaticano.

**Rossana Reguillo Cruz** es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara y Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social (CIESAS). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. Miembro de la Academia Mexicana de las Ciencias. Egresada de la Maestría en Comunicación del ITESO. Profesora - investigadora en esta misma institución. Fue Titular de la Cátedra Andrés Bello NYU (2011). Ha sido profesora invitada en diversas universidades latinoamericanas y en Estados Unidos; sus temas de investigación giran en torno a las culturas urbanas, vida cotidiana y subjetividad, construcción social del miedo, jóvenes, violencia y narcotráfico. *Culturas Juveniles. Formas Políticas del Desencanto* (Siglo XXI, 2012) es uno de sus libros recientes.

Fuente: <http://www.revistaanfibia.com/cronica/el-simbolo-es-argentino/pagina-1>, 14 marzo, 2013



## 5) Julio C. Gambina: “Nuevo Papa, economía y pobreza”

Nadie duda sobre la importancia y el impacto generado en el mundo y en la propia Argentina por la designación de Jorge Bergoglio, desde ahora el PAPA FRANCISCO.

La elección del nombre evoca a la pobreza, sin duda el principal efecto de la explotación capitalista, una cuestión exacerbada con la crisis mundial en curso. Parte del fenómeno es el desempleo, la precariedad y flexibilidad laboral, algo por lo cual las calles se llenan de protestas, ayer nomás en Argentina con la CTA y la CGT.

El tema de la pobreza viene de larga data, y es preocupación en variadas instituciones y discursos. La ONU tiene entre sus principales objetivos del milenio el combate a la pobreza, y entre sus principales indicadores se mide el desarrollo humano, precisamente para señalar cuanto se alejan las personas y los países del flagelo de la pobreza. El Banco Mundial ha dedicado programas durante años a la preocupación sobre la pobreza, la desigualdad y la

cohesión social. Es cierto que desde muchos ángulos se acusa al Banco y a otros organismos financieros internacionales de corresponsables en la gestación y extensión del fenómeno relativo a la pobreza. La FAO, organización sobre alimentos de la ONU acusa la existencia de 1.000 millones de hambrientos en nuestro tiempo, un 15% de la población mundial, pese a la gran expansión de la producción agrícola, ahora compartida en su uso como alimento y para la energía.

La pobreza convive con la opulencia, por lo que los gestos de austeridad de la jerarquía eclesial impactan. El interrogante es si la Iglesia, como institución milenaria asume el desafío más allá de lo gestual.

### **Asuntos económicos en la Iglesia**

Mucho se habla de la riqueza de la Iglesia, de sus cuantiosos ingresos y gastos para sostener un gigantesco patrimonio inmobiliario construido en largo trayecto.

La Revista *The Economist*, en agosto del 2010 señaló que la Iglesia católica de EEUU empleaba a 1 millón de trabajadores en entidades de salud, educación y en las propias diócesis eclesiales. El artículo destaca una capacidad de empleo equivalente al gigante Walt Mart y superior a la cadena Mc Donalds, la empresa General Electric, o la automotriz General Motors. Puede inferirse así una cifra millonaria de trabajadores en todo el mundo. La iglesia como un gran empleador global.

Las sospechas de corrupción y negociados se asocian a la actividad financiera del Instituto para la Obra Religiosa, el IOR, conocido como el Banco del Vaticano, donde se administran los bienes que la Iglesia tiene en todo el mundo. Muy difícil es separar esa actividad del fraude asociado a la quiebra del Banco Ambrosiano de Milán en 1982. Del IOR surgen las inversiones de la Iglesia en títulos públicos, especialmente del tesoro de los EEUU, igual que hacen otros Estados nacionales, y no solo el Vaticano. Las inversiones en empresas solo tienen límites en aquellas que son productoras de bienes que afectan convicciones morales y religiosas, por ejemplo, la producción de anticonceptivos. En el Banco del Vaticano se administran, entre otras, las donaciones y las rentas financieras o productivas generadas por las actividades de la Iglesia global. Para el caso argentino pueden citarse el negocio inmobiliario e incluso la producción agraria en propiedades de las congregaciones religiosas.

Un interrogante será si las primeras señales de austeridad del PAPA, relativas a su nombre, su vestimenta y modo de transporte se generalizan respecto de la institución, y especialmente en el debate sobre el orden mundial capitalista en crisis. Remito a la discusión relativa al modelo productivo hegemónico de sobre explotación de la fuerza de trabajo y la depredación de los recursos naturales. Es que el hambre y la pobreza se explican por la riqueza surgida de la explotación de los seres humanos, con lo cual, la prédica contra la pobreza requiere de acciones terrenales que modifiquen la forma de producir, distribuir, intercambiar y consumir en la sociedad contemporánea. Es probable que sea mucho pedir al papado de Francisco, ya que ese cambio de paradigma productivo, o de orden socioeconómico, es más producto de cuestiones terrenales, de acciones sociales colectivas, muchas de las cuales se discuten y practican en este tiempo en Nuestramérica.

### **Iglesia y cambio político**

Algunas hipótesis apuntan a una posible intervención de la Iglesia sobre el “espíritu de cambio” en la región, y por ello un PAPA extranjero, “americano”, como reclamó con énfasis y expectativa Barack Obama, “latinoamericano” destacan y festejan muchos, argentino dicen por acá, memorando aquello de la territorialidad argentina de Dios.

¿Con qué orientación intervendrá la Iglesia sobre estos temas? ¿Apoyar o frenar el cambio político asumido en el comienzo de este siglo?

Alguien puede mencionar que lo político cae afuera del accionar pastoral de la Iglesia, lo que puede entenderse, aún cuando cuesta no asociar el papel institucional asociado a las políticas de Estado en la contemporaneidad.

El vivir bien, recientemente incorporado a la constitución boliviana, o el buen vivir incluido en la magna carta ecuatoriana, constituye una concepción de los pueblos indígenas originarios previa a la llegada de los misioneros evangelizadores que acompañaron la conquista y colonización de Nuestramérica. Esas concepciones fueron modificadas por el “vivir mejor” que alude al consumismo y al tener, máximas de la sociedad capitalista construida desde la acumulación originaria del capitalismo desde hace cinco siglos.

¿La prédica por la pobreza se asociará al vivir bien o al vivir mejor? La primera supone un cambio de modelo productivo. La segunda puede resolverse con acercar ingresos a los más pobres para mejorar su consumo bajo las reglas de la producción capitalista, o sea, la explotación de millones de trabajadores y la depredación de la naturaleza. El asistencialismo, aún generalizado y “universal” mejora el acceso a cierto consumo, sin modificar sustancialmente el orden social.

Son todos interrogantes a develar en la práctica que genere un nuevo papado que abre expectativas en millones de personas, más allá de sus creencias religiosas o incluso de no tenerlas.- *Buenos Aires, 15 de marzo de 2013*

Julio C. Gambina es un economista y reconocido analista político argentino.

Fuente: Argenpress, 14 marzo 2013

REUNION DE LA JUNTA MILITAR  
CON LA COMISION EJECUTIVA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA  
15. IX. 1976

**OBJETO DE LA REUNION:** Ante todo, aclarar la posición de la Iglesia.  
De ninguna manera pretendemos plantear una posición de crítica a la acción de gobierno, actitud que no nos corresponde, sino sólo advertir peligros que hemos llegado a avizorar.

¿Qué se pretende de la Iglesia? Primero, que no se mezcle en lo político.- Frente a ello, los Obispos somos conscientes de que un fracaso llevaría, con mucha probabilidad, al marxismo, y, por lo mismo, acompañamos al actual proceso de re-organización del País, emprendido y encabezado por las Fuerzas Armadas, lo acompañamos con comprensión, a su tiempo con adhesión y aceptación.

Al principio del proceso, lo hemos visto con mucha esperanza, como es evidente que lo hizo la gran mayoría del pueblo argentino. Pero al cabo de casi seis meses debemos manifestar que, sin dejar de valorar lo realizado, se apuntan algunas reservas importantes.

Antes de hacer una sonora enumeración, podemos decir que, si bien las Autoridades, con el Sr. Presidente de la Nación el primero, tratan de tomar el pulso al País, también a la Iglesia le llega un sentir de ese pulso, a través de su constante actividad pastoral, de la vida de sus ministros en medio del pueblo, y, por qué no decirlo, también a través del trabajo siempre presente de la consulta y la dirección espiritual, mediante el cual se perciben con gran claridad muchas inquietudes y sentimientos, y se reciben no pocos pedidos.

Reservas que creemos deber manifestar:

- 1) Ante todo parecería que personas constituidas en autoridad civil o militar hubieran perdido la serenidad de discernimiento ecuaníme, o de distinguir los matices (todo lo ven, o rojo o blanco).
- 2) De allí proviene una actitud de sospecha frente a la Iglesia y a sus instituciones y hombres, que a veces lleva a discriminaciones en juicio acerca, v.gr. de Obispos, o de sacerdotes.
- 3) Esa actitud de sospecha, lleva en algunos casos a la intención proclamada de querer “purificar” a la Iglesia, ayusarla a “restaurar su disciplina”. Hay cinco mil sacerdotes y once mil religiosas.
- 4) Falta una justa valoración de documentos de la Iglesia.

## 6) Michael Lowy: “Bergoglio, la pobreza, los derechos humanos y la teología de la liberación. Entrevista.”

Las relaciones con la teología de la liberación del cardenal argentino Jorge Mario Bergoglio, primer papa originario de las Américas, provocan controversia. Bergoglio no ha dejado de denunciar el neoliberalismo, la corrupción, el clientelismo político y la pobreza. Él mismo, por lo demás, se declara muy influido por el arzobispo de San Salvador Óscar Romero, asesinado el 24

**de marzo de 1980 a causa de sus manifestaciones públicas contra el ejército salvadoreño y a favor de los derechos humanos. Sin embargo, las concepciones sociales de Bergoglio, y su falta de compromiso contra la dictadura argentina (1976-1983) lo sitúan fuera de esa corriente. Michael Lowy, sociólogo y buen conocedor de América Latina, analiza las relaciones del papa Francisco con la teología de la liberación. Le entrevistó para el diario parisino *Le Monde* la periodista Hélène Sallon.**

*Se le reconoce al papa Francisco un fuerte compromiso con los pobres y a favor de un papel social de la Iglesia. ¿En qué se diferencian, sin embargo, sus concepciones sociales de las de la teología de la liberación?*

La posición de Jorge Bergoglio es la tradicional de la Iglesia: los pobres se consideran un objeto de atención, de compasión y de caridad. La concepción católica tradicional del pobre se traduce en actos de caridad mediante la asistencia social y las diversas ayudas a los más necesitados. Eso puede llegar hasta a una crítica de las condiciones económicas responsables de la pobreza. Ese tipo de críticas se pueden encontrar en Juan Pablo II, y también en el cardenal Bergoglio. Para la teología de la liberación, los pobres tienen que ser los sujetos de su propia liberación, los actores de su propia historia. Salta a la vista la diferencia con la concepción tradicional de la Iglesia. Para la teología de la liberación, se trata de participar, a través de las comunidades de base y a través de las pastorales populares (pastoral de la tierra, pastoral obrera...), en las luchas y en la autoorganización de los pobres (obrereros, parados, campesinos sin tierra, indígenas...) por su liberación. La emancipación de los pobres implica un cambio radical de sociedad. La teología de la liberación implica, así pues, la denuncia de las violaciones de los derechos del hombre y de las dictaduras militares, llegando incluso hasta el apoyo y la ayuda a quienes las combaten, como ha sido notoriamente el caso en la América Latina de los 70 y los 80 del siglo pasado.

A diferencia de ese manifiesto compromiso político de a teología de la liberación, el clero conservador puede intervenir más o menos en privado y hacer gestiones con los dictadores para pedir clemencia. De esa forma pretende Jorge Mario Bergoglio haber pedido y obtenido de la dictadura militar argentina la liberación de dos jesuitas encarcelados y torturados.

*La controversia afecta al papel desempeñado por Jorge Mario Bergoglio durante la dictadura argentina. Para muchos, es culpable de haber cerrado los ojos, como toda la Iglesia argentina, a los crímenes de la dictadura, y algunos llegan a decir que él mismo estuvo implicado en la represión. ¿Qué piensa usted?*

En la época de la dictadura militar argentina, que causó entre 1976 y 1983 decenas de miles de muertos y desaparecidos —diez veces más que bajo la dictadura militar de Augusto Pinochet en Chile—, Jorge Mario Bergoglio se distinguió por una gran discreción. De su boca no salió la menor condena, ni siquiera la menor crítica de la dictadura. Peor aún: Jorge Mario Bergoglio era el superior de la orden de los jesuitas, y con esa autoridad retiró en mayo de 1978 la licencia religiosa a dos jesuitas que se habían comprometido mucho con los derechos de los pobres. Poco después, esos dos jesuitas, habiendo perdido la protección de la Iglesia, fueron detenidos y torturados en la siniestra escuela militar de la ESMA. Se ha acusado a Bergoglio de haber denunciado a sus dos antiguos colaboradores ante los militares, pero él siempre ha rechazado esta acusación. Queda el hecho de que al retirarles el apoyo de la Iglesia, permitió la intervención de los militares.

*Para algunos, esta neutralidad impostada guarda relación con su voluntad de conservar la unidad de los jesuitas, alborotados por la teología de la liberación. Él tenía como divisa “mantener la no-politización de la Compañía de Jesús”. ¿Le resulta a usted comprensible esa posición?*

No sólo los jesuitas; a todo el clero está obligado a mantenerse al margen de las posiciones políticas. Claro está que eso no ha impedido nunca a la Iglesia y a los jesuitas adoptar manifiestamente posiciones conservadoras y sostener a monarquías y dictaduras... La novedad ha sido la aparición de la teología de la liberación, con religiosos, religiosas, jesuitas y clero regular —a veces, incluso obispos— comprometidos con luchas sociales, con sindicatos obreros o campesinos, y aun con movimientos revolucionarios.

Igualmente, la pertenencia a la Compañía de Jesús no ha sido obstáculo para que muchos jesuitas se comprometieran con la emancipación de los pobres, con los derechos humanos y con palucha contra las dictaduras. Ignacio Ellacuría, el gran teólogo jesuita (1930-1989), tomó posición por la paz en el Salvador en los años 80 y fue asesinado por el régimen militar salvadoreño.

El propio Jorge Mario Bergoglio no ha dudado a la hora de meterse en una batalla política contra el gobierno argentino de centroizquierda de Cristina Kirchner, oponiéndose a una ley que autoriza el matrimonio homosexual. Esa oposición frontal de Bergoglio al gobierno de Cristina Kirchner en cuestiones como el aborto o el matrimonio gay también es política.

Michael Lowy es un reconocido filósofo y sociólogo marxista franco-brasileño.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Ventureta Vinyavella

Fuente: [Le Monde.fr](http://LeMonde.fr), 15 marzo 2013

## 7) Piergiorgio Odifreddi: Papa Lavoisier I

El Espíritu Santo ha admitido pues, oficialmente, haberse equivocado hace ocho años: su segunda opción de entonces se ha convertido ahora en la primera. En efecto, Jorge Mario Bergoglio, que había perdido el partido del 2005 contra Joseph Ratzinger en cuatro sets, con el marcador 47 a 10, 65 a 35, 72 a 40 e 84 a 26, se ha tomado esta vez la revancha. Imaginamos cómo se sentirá su predecesor, que ha visto imponerse no sólo a un cardenal de la minoría no designada por él sino directamente a su directo rival: una simbólica reflexión y una simbólica retractación de anterior nombramiento.

Las ovejitas que atestaban la Plaza de San Pedro han aclamado llorosas a este nuevo papa como habrían aclamado llorosas a cualquier nuevo Papa. Tanto vale, para ellos, uno que otro: no piensan por sí mismas y están dispuestas a obedecer a quienquiera les venga impuesto. De hecho, a amarlo y respetarlo, por el solo hecho de que les ha sido impuesto. Al fin y al cabo, actúan así también con lo que se dice que deben creer. La libre elección del pastor o de las creencias no les concierne; si no, pertenecerían a otra grey de otras confesiones. Contentos ellos, contentos todos.

Los creyentes estarán impresionados por el hecho de que un jesuita haya escogido llamarse no Ignacio sino Francisco, caracterizado por la pacificación entre las congregaciones: un “soldado del Papa” que, asumiendo el mando del ejército, vista al menos simbólicamente el sayo de los “pobrecillos”. Pronto lo veremos con las políticas que elija adoptar el nuevo Papa respecto a la Curia romana y el IOR [Istituto per le Opere di Religione, la banca vaticana], si se trata sólo de propaganda para la cándida grey, o si verdaderamente cambiará la música en el Torreón de Nicolás V [sede del IOR], adyacente al Palacio Apostólico.

Los laicos estarán impresionados por el hecho de que Bergoglio, de acuerdo con las tradiciones de la orden, tiene una formación científica: un Máster en Química para ser precisos. Lo cual podría tener algún efecto sobre la doctrina, que a menudo se ha enfrentado desastrosamente a problemas de naturaleza directamente o indirectamente química: de la transubstanciación a la procreación asistida. No nos esperamos que Francisco I, un nombre que por ahora suena más a emperador del Sacro Imperio Romano que a Papa de la Iglesia Católica, reniegue del Concilio de Trento, pero seguro que podría tener finalmente alguna opinión más informada que sus predecesores. En los comienzos, y hasta ahora, se ha opuesto por el contrario hasta a los anticonceptivos, a despecho de la química.

Quién sabe. Concedámosle un poco de tiempo, y no sólo para adoptar una postura sobre estas cosas.

También para aprender el Padre Nuestro y el Ave Maria en italiano, a menos que quiera continuar rezando en *play back* o cantare en coro, como esta tarde. Por ahora ha dicho que mañana “quiere ir a rezar a la Virgen”: esperamos ansiosamente poder seguirlo por televisión, si no por otra cosa, por saber también nosotros donde se encuentra la Virgen, justamente.

PD. Parece, con el juicio del día siguiente, que la Virgen se encuentra en Santa María Mayor. Y que, para ir a rezarle, hasta el Papa debe molestarse en salir del Vaticano. Extrañas alquimias religiosas, siempre a despecho de la química.

**Nota del t.:** En el artículo de Odifreddi se han deslizado algunas inexactitudes, fruto acaso de su premura, escrito como está justo tras la elección papal. Bergoglio no tiene un Máster en Química sino que es tan solo técnico químico. El título del Papa no es Francisco I sino simplemente Francisco, sin ordinal. Francisco I recuerda ante todo al rey de Francia derrotado y hecho prisionero por Carlos V, que sí ostentó el título del Sacro Imperio Romano. Por último, como ha podido comprobarse en estos días, el Papa domina el italiano, incluyendo oraciones como el Ave Maria y el Padre Nuestro.

**Piergiorgio Odifreddi** (1950) es un conocidísimo matemático, ensayista y divulgador científico italiano. Activo militante laico, es presidente honorífico de la Unión de Ateos y Agnósticos Racionalistas de su país. Entre sus muchos libros se cuenta *Por qué no podemos ser cristianos (y menos aún católicos)* (RBA. Barcelona, 2008).

La Repubblica, 13 de marzo de 2013

**rinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este *Dossier*, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.